

Palabras de agradecimiento del obispo de Ávila

Excmo. y Revmo. Mons. José María Gil Tamayo
Obispo de Ávila

Con la venia.

Excelentísimo señor rector, querido don Francisco, arzobispo de Pamplona y Tudela, ilustrísimo señor decano de la Facultad de Teología, querido claustro de profesores, compañeros de mi hermano Juan Antonio, queridos formadores del Seminario Bidasoa, encabezados por su rector don Juan Alonso, queridos alumnos, señoras y señores.

Me he quedado casi sin palabras –y eso es difícil en un obispo–, pero puede más la emoción; y si tuviera que resumir mis sentimientos en una sola palabra sería la de «gratitud». Gratitud en nombre de mi madre, de mi hermano, de mi cuñada, de mis sobrinos, de mi familia. Ciertamente este ha sido un año duro, donde hemos echado de menos a mi hermano Juan, pero hemos vivido –como decía esta mañana en la celebración de la santa misa– de manera especial esa otra dimensión, que es la de la comunión de los santos.

No voy a hacer ese recorrido que tan maravillosamente han hecho don Marcelo y don Juan de dos

facetas de mi hermano Juan Antonio. Aunque he de confesar que su pretensión primera de estudio era la Teología dogmática —y don César Izquierdo debe de estar todavía enfadado por el cambio—, fue rápidamente «fichado» para dedicarse a la patrología, y se dedicó a ella hasta el punto de vivirla con pasión. Recuerdo que ya, con la enfermedad muy avanzada, iba extenuado a dar sus clases a la Facultad de Teología, de forma que al final tuvo que hacer una selección de los padres latinos y se quedó con San Agustín. Su vida ha seguido ese recorrido que magistralmente ha dado testimonio de un hombre santo.

De pequeño, en mi pueblo, lo llamaban «Juanito». Era un niño bueno —así nos decían todos— y así lo muestra la gente cuando dan el pésame a mi madre o cuando alguien habla de él. Ha dejado esa estela de ejemplo de santidad discreta, esa santidad de la persona cercana de la que habla el Papa Francisco. Un sacerdote bueno y apenas, visto con los ojos de la fe, desde la madurez del tiempo que Dios concede a las cosas y a las personas, ha dado su fruto en poco tiempo. Ha sido padre y pastor, un cristiano cabal, ha sido un buen hijo, un buen hermano, un buen compañero.

De una manera más intensa, damos gracias a Dios por el don de su vida y también por el ejemplo de su muerte. Nos ha dejado su magisterio, también en el sentido que nos recordaba don Marcelo al hablar de San Cipriano, y el testimonio de su propia vida

marcada por lo que creía y enseñaba, pues su existencia estuvo dedicada a una entrega plena a Dios y a los demás, viviendo su vocación como cristiano, sacerdote y miembro del Opus Dei, con una mentalidad enormemente laical, pues a mí, que voy a cumplir 40 años de sacerdocio, no penséis que me dejaba pasar una. Lo laical lo tenía muy marcado y al mismo tiempo su pasión por el sacerdocio, su espíritu y su alma sacerdotal. Su alma sacerdotal con una nota de catolicidad y universalidad que se muestra en esta familia de jóvenes de todo el mundo que han pasado, pasan y pasarán por el Seminario Internacional Bidasoa, y que constituyen también una prolongación de nuestra familia. Yo le decía a mi hermano Diego: «estos son los hijos de tu hermano».

Gracias a esta Universidad y gracias a don Marcelo, su director de tesis, al que tanto quería y del que aprendió tanto. Pero antes, gracias al Opus Dei, donde mi hermano ha vivido en esta «parcelica» de la Iglesia. Desde muy joven, él se comprometió con el Opus Dei, teniendo solo catorce años y medio, y ha vivido con frescura su vocación en el Opus Dei; su vida ha sido Opus Dei, sin llamar la atención absolutamente. En este aula magna habíamos estado ya antes con motivo de la licenciatura de mi hermano en Filosofía en 1989, era la vigésimo quinta promoción, y no habíamos vuelto hasta ahora con la familia. Respecto a su doctorado no sé si tuvo ceremonia, no sé

si llevó las vestes académicas. El título de doctor me lo dieron cuando estuve este verano aquí, porque no aparecía por ningún lado; nunca alardeó de sus títulos, ni de sus conocimientos; yo me enteraba por personas ajenas. Gracias, porque él vivió siendo *Opus Dei*, y al mismo tiempo ha desarrollado su vida en labores corporativas del *Opus Dei* como pez en el agua.

Tenemos que agradecer mucho su servicio a esta *alma mater* que es la Universidad y al colegio Irabia. Él tenía pasión por la Universidad; constituía el círculo en el que giraba todo su trabajo, su empeño, sus desvelos. Por la Universidad, por su Facultad de Teología y sobre todo por el Seminario Internacional Bidasoa. Quiero darles las gracias de verdad, porque en poco tiempo, con la ayuda de la gracia, han madurado a un hombre de Dios, un cristiano cabal, una persona colmada de virtudes y, al mismo tiempo, con la sencillez y la naturalidad que el espíritu de San Josemaría se difunde en todos sus hijos y sus hijas.

El punto 934 de Camino dice: *El celo es una chifladura divina de apóstol, que te deseo, y tiene estos síntomas: hambre de tratar al Maestro; preocupación constante por las almas; perseverancia, que nada hace desfallecer.* Fue una constante hecha vida en mi hermano Juan Antonio. Su expresión favorita: «a por ello», es esa perseverancia final, con el decir de Santa Teresa, la santa de mi diócesis, «aunque no pueda, aunque me cueste, aunque reviente, aunque me muera» (*Camino de Per-*

fección, 21, 2), con ese saber «lo muy nada que somos y lo muy mucho que es Dios» (*Camino de Perfección*, 32, 13). Mi hermano dio cabida a la gracia de Dios, que se sustentaba en el ejercicio de virtudes adquiridas con el esfuerzo y el tesón.

Quiero dar las gracias, por tanto, a la Universidad, al Colegio Irabia, donde llegó con dieciséis años para estudiar; y a Navarra, querido arzobispo don Francisco, a esta tierra y a esta Iglesia que tanto ha querido con sus dolores, con sus sufrimientos, con sus alegrías y sobre todo, como base, por la manera de ser Navarra, que él incorporó como una naturaleza sobrevenida a su carácter.

Gracias al Seminario Internacional Bidasoa, a sus formadores; gracias a los rectores don Juan y don Migueltxo, que están aquí; este último fue quien me dio la noticia de la enfermedad de mi hermano, con naturalidad y fortaleza, pero al mismo tiempo con el dolor de un navarro de pieza entera y de un hombre con un inmenso cariño.

Quiero darles las gracias en nombre de mi madre, en nombre de mi hermano Diego, mi cuñada y mis sobrinos, y gracias en nombre de la Iglesia por la labor que realizan, a veces incomprendida; esta labor del tesón de formar sacerdotes según el corazón de Cristo, esta labor de romper toda frontera en esta siembra apostólica por todo el mundo. Nos ha emocionado el crecimiento de esta familia, de esta otra familia de mi

hermano que es el Seminario Bidasoa, que expande la pasión por el sacerdocio a tantos lugares del mundo.

Gracias también a quienes han contribuido a su cuidado en la enfermedad; él les estará enormemente agradecido: a la Clínica Universidad de Navarra, a las enfermeras y a los médicos. Y ¿cómo llevó el dolor? Me contaron una anécdota que le ocurrió en el ascensor de la Clínica: iba con don Daniel, al que también deseo darle las gracias, y alguien conocido le dijo: «¿Viene usted, don Juan Antonio, acompañando a alguien»? Y él contestó: «No, el enfermo soy yo». Bien, con esa alegría, con ese saber estar, con esa fortaleza, con ese amor a la Iglesia que él vio reflejada en la vida de los Padres de la Iglesia, hasta el punto de que su última lección fue en la graduación de una promoción de teología, en que lo invitaron diciéndole: «don Juan Antonio, lo invitamos para que imparta usted su última lección», y respondió: «Eso no se dice así, se llama lección de clausura».

Ciertamente, ese saber reírse de la propia muerte, porque se espera la vida con mayúsculas, es lo que hizo a mi hermano algo grande, algo que por desgracia, a los que vivíamos, cuando estaba entre nosotros, se nos pasó inadvertido por la naturalidad de la santidad ejercida: viviendo como cristiano corriente y practicando el heroísmo de lo pequeño. En realidad, nos parece que todo ello es natural, pero igualmente tiene mucho «trabajo de Dios», entraña mucho «Opus Dei».

Muchas gracias a todos.